

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

40 Cents.

AÑO II
NUM 64

9 MAYO
1926

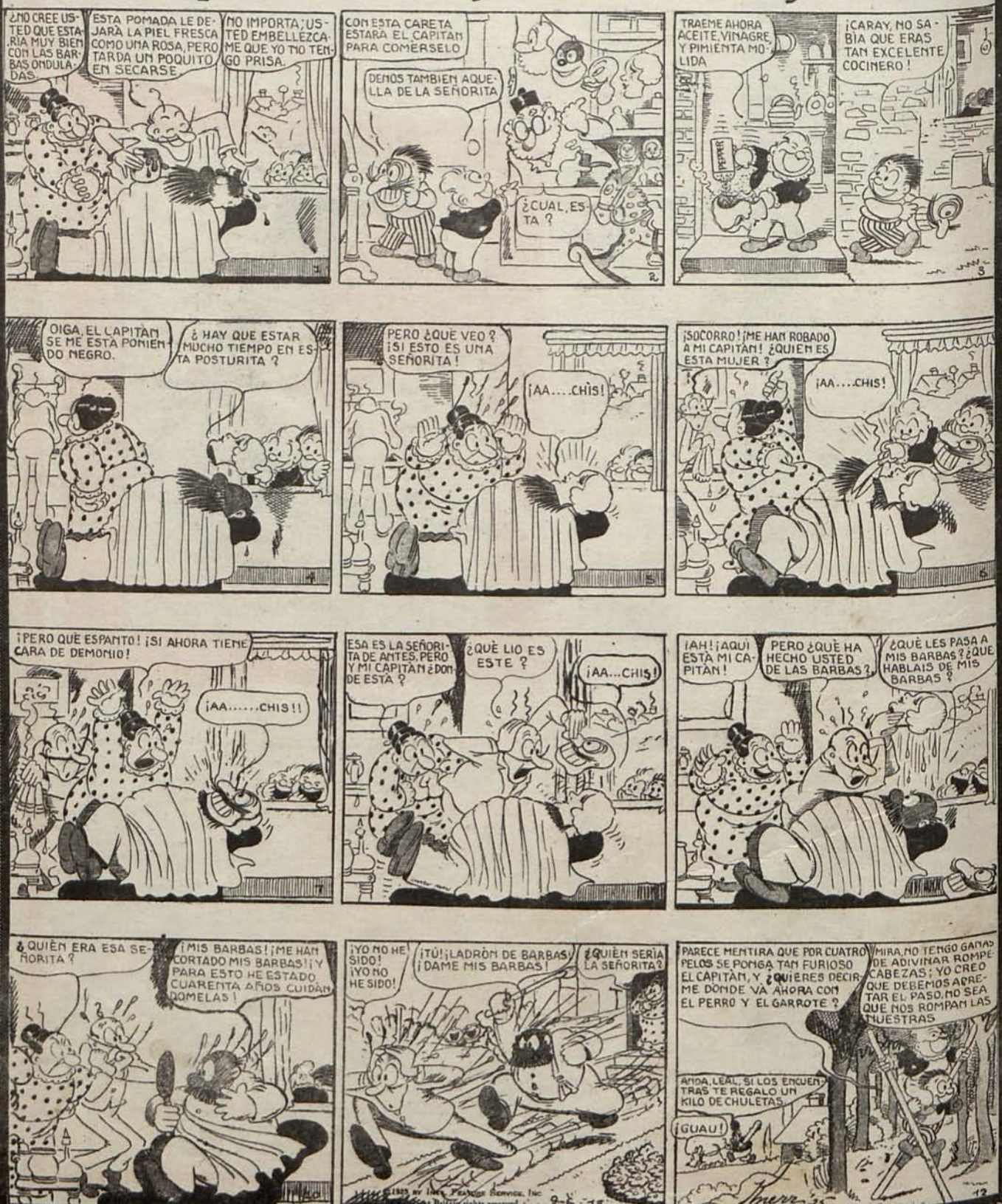


PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIAN.- ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447. - SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 20 PESETAS OTROS PAÍSES. AÑO 30 PESETAS.



El Capitán Corretón y sus Chicos Tin y Ton





PiNoCho y Los DEPORTES



NUESTROS COLABORADORES

Crónica boxística.

Se realizó en la ciudad de Dolores (Buenos Aires) un interesantísimo festival pugilístico a base del «match» revancha Claudio Arévalo y Nazario Millán. El primer encuentro entre estos profesionales se realizó el mes de Octubre. Después de un primer «round», que no hizo prever que el desenlace estuviera tan pronto, en el segundo, Arévalo, de una fuerte derecha pone «knockout» a Millán. Arévalo, desde ese «match», había medido con J. Vernier, francés, Montenegro de Pergamino y con David Hizall, venciendo por puntos con los dos primeros y por k. o. al sexto «round» con el tercero. Nazario Millán no había vuelto a actuar en nuestros «rings».

«Match» de semifondo.—Por no haberse presentado su contricante, Firma Paz, se le dió el triunfo a Chirizola (Firpito).

«Match» de fondo.—Sube al «ring», primero, Millán, acompañado de sus segundos; después de varios minutos, Arévalo con los suyos; arbitra el señor Julio Negri. Al sonar el «gong», Millán se precipita sobre Arévalo, cruzándolo varias veces la cara con fuertes derechas; a pesar de ser superior Millán, golpea en la nuca varias veces; el público protesta y también Arévalo; apenas se oyen las protestas por el ruido endiablado que arman los partidarios de Millán animándolo; en este «round» Millán derriba a Arévalo; los «rounds» siguen y, poco a poco, se nota la reacción de Arévalo, que tiene «groggy» varias veces a su contricante; continúan los «rounds» y domina nuevamente Millán; en el décimo y último «round» domina Millán, que

derriba a su rival; aunque éste no está inconsciente, queda los diez segundos de práctica.

L. BACHZ.

En Ponferrada (León).

El día 4 del corriente se celebró en Ponferrada un partido de fútbol entre el «Galicia F. C.», de Orense, y la «Sociedad Deportiva Ponferradina».

Resultó en todo momento reñido, y fué en la primera parte cuando los locales, por medio de César, marcaron sus goles, y diez minutos antes de terminar el encuentro los forasteros, por mediación de su centro delantero, consiguieron dejar a salvo su honor.

El equipo vencedor formó así:

Rodríguez; Gorburu, Cuesta; González, Romero, Martínez; Pinilla, César, Coca, Pereira y Alvarez.

Se distinguieron Cuesta, González, Romero, César, Coca y Alvarez.

SERRANO.



P. Muñoz



PLATCHKO,
portero nacional.
visto por Pedro Muñoz.



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?

—Hoy quisiera saber, amigo buho, de qué están hechas las estrellas.

—Hay quien afirma que jamás se podrá contestar a semejante pregunta. Desde luego, parece increíble, imposible, que el hombre llegue a descubrir las sustancias de que se componen seres tan lejanos a nosotros. Se han hecho, como sabes, infinidad de tentativas para lograr aquél conocimiento, pero sin resultados exactos, ni, mucho menos, completos.

—Entonces, no se sabe nada; no puedes comunicarme nada sobre la composición de las estrellas. Estás pez.

—No completamente, querido Chonón. Existe un aparato mediante el cual se ha llegado a analizar la luz de las estrellas y, por consiguiente, los cuerpos que existen en tales luces. Se ha llegado a saber, con más o menos exactitud, que las sustancias de que están hechos los astros son las mismas, salvo variantes que desconocemos, que las que componen la Tierra. Claro que no todas las estrellas son iguales.

—¿No?

—De ningún modo. Unas son más azules, otras más blancas... Pero es seguro que en ellas existe el oxígeno que nos envuelve a nosotros y que respiramos.

—Y, ahora, dime, inteligente buho, ¿por qué centallean las estrellas?

—Esta pregunta es más fácil de contestar que la anterior. Sabemos que los planetas no centallean; están con una luz fija, quieta, pero que no les pertenece. La reciben del Sol, como la Luna, nuestro satélite. En cambio, las estrellas no

reciben la luz del Sol; su luz, la que nosotros distinguimos a millares de kilómetros, es propia, no les viene de parte alguna.

—Pero ¿por qué centallean?

—A ello vamos. Parece probable que las ondas que producen la luz de las estrellas interfieran en su camino, y ello nos da la impresión de que palpan.

—No entiendo lo que me dices, querido buho.

—Me explicaré con un ejemplo.

—Veamos.

—Tú has oído un piano, un órgano, ¿no es así?

—Ciertamente.

—Pues bien: habrás notado que los sonidos del piano y el órgano cambian, al parecer, de intensidad, una vez lanzados. Es decir, que toman, por decirlo así, distintas coloraciones.

—Es verdad.

—Podríamos afirmar que centallean. En acústica recibe este fenómeno el nombre *interferencias*, y parece probable que lo que ocurre con la luz de las estrellas es algo parecido.

—Muy bien.

—Pero tú me hablabas, en un principio, de la composición de los astros. Es lo más probable que las mismas sustancias que estamos viendo diariamente, en papeles, adoquines, vegetales, etc., etc., existan allá arriba, en las estrellas. La materia, a decir de los sabios, no es más que una y es la misma en todo el Universo.

—¡Qué grande eres, amigo buho!



LOS EXPLORADORES DEL MELORIA

POR EMILIO SALGARI

(Continuación.)

Adelantando en ella una distancia de quince o veinte pasos, tocaron sus pies en un fondo pedregoso, cubierto de grandes guijarros.

—La playa está cerca dijo Vicente.

—¿Tenemos todas las cajas? —preguntó el doctor.

—Todas —contestaron Roberto y Miguel—. No falta ni un barril.

—¡Hagamos el último esfuerzo, amigos!

Pormados a modo de cadena, impulsaban hacia adelante aquellos objetos, hasta que rozaron con una playa erizada de pequeñas escolleras de puntas negras, que parecían de carbón.

Se disponían ya a hacer rodar los barriles, cuando a cierta distancia vieron brillar rápidamente una llama que se apagó en seguida. Aun cuando aquel resplandor tuvo la escasa duración de un segundo, pudieron distinguir a muy corta distancia una figura humana, de estatura casi gigantesca.

—¡Por cien millones de merluzas! —murmuró Vicente—

¿Es eso un hombre o un fantasma?

—Un hombre de carne y hueso —dijo el doctor.

—¿Uno de los fugitivos?

—Seguramente.

—¿Uno de esos bandidos que han disparado contra nosotros y nos han echado a pique la canoa?

—Sí, Vicente.

—¡Ah, demonio! ¡Espero que le mataremos!

—Si no le matamos, haremos, al menos, que se nos rinda. Llévao un poco más lejos las linternas, y vamos a parapetarnos tras esas rocas. Les estamos presentando un excelente blanco a esos granujas.

—Os aconsejo que obremos con toda prontitud para impedir que esos canallas se nos escapen.

—Ocupémonos primero en construir nuestra balsa, Vicente, y, en tanto, que vigile uno de nosotros la salida de la caverna. Tenemos dos revólveres en mis cajas, y si fuese necesario haremos uso de ellos para impedir la fuga de esos bandidos.

—¿No se habrán mojado los cartuchos?

—La caja está bien cerrada y es impenetrable a la humedad. ¡Ea, pues, a trabajar!

¡ban a dar comienzo a la tarea cuando oyeron en el centro del lago un resoplido, seguido de un rumor que se acercaba cada vez más.

—Alguien se ha metido en el agua —susurró Vicente.

—¿Será una canoa que venga hacia acá? —dijo, a su vez, el doctor.

—Abrid la caja de las armas. ¡Pronto!

Miguel y Roberto se apresuraron a obedecer, y entregaron a Vicente y al doctor los dos revólveres de reserva, que ya estaban cargados.

—¡Hagamos buena puntería, doctor! —dijo el lobo de mar.

—Ya veremos, Vicente; pero te aseguro que me desagradaría tener que matar a alguno.

—Ya han querido asesinarlos.

—No te digo que no, pero...

—¡Silencio!

—¿Se acercan?

—Me parece que sí.

—Tenemos antorchas en una de las cajas; encended alguna. Su luz nos bastará para iluminar la salida de la caverna.

—¡Apresuraos! —dijo Vicente a Miguel y a Roberto.

La caja fué abierta inmediatamente, y como estaba herméticamente cerrada todo fué hallado seco en ella.

Llevaron las dos antorchas y pronto su luz quedó proyectada mediante dos reflectores de níquel en dirección de la salida de la caverna.

—Nada —dijo Vicente, que estaba parapetado detrás de uno de los escollos más avanzados.

—Sin embargo, a lo lejos se oye aún removerse el agua

—dijo Miguel—. ¿No oís ese ruido? Cualquiera diría que es el que produce un remo en el agua del lago.

Roberto, que era el que sostenía las dos antorchas, proyectó su luz en otra dirección. Esta vez, entre la penumbra, fué vista una masa oscura e informe que se deslizaba lentamente hacia la salida de la caverna.

No pudiendo alcanzar hasta allí la luz, resultaba imposible adivinar qué era; pero de todas maneras, aquello no tenía la apariencia de una embarcación. Parecía más bien una balsa o algo semejante.

—¡Esos bribones intentan huir! —gritó Vicente, saltando hacia ellos empuñando sus revólveres.

—Pues yo no veo dibujarse ninguna figura humana —dijo el doctor.

—Esos canallas son más listos que nosotros —dijo Miguel—. Mirad, doctor, están escondidos detrás de aquello que flota.

—¡Alto! —gritó Vicente—. ¡Rendíos o hacemos fuego!

Una grosera imprecación se oyó salir de aquella parte del lago.

—¿No os lo decía yo, que había allí alguien escondido? —dijo Miguel, dirigiéndose al doctor.

—¡Deteneos! —gritó con voz atronadora Vicente.

Una figura humana, de aspecto gigantesco, surgió de improviso sobre la superficie de las aguas, de pie sobre aquel flotador, y extendiendo la mano hacia los exploradores gritó:

—¡Perros! ¡No cogeréis mi tesoro! ¡Os mataré a todos!

Después se precipitó en el lago, levantando grandes oleadas y desapareciendo ante las atónitas miradas de los cuatro compañeros.

—¡Demonio! ¡Era el esclavo! —exclamó Vicente.

—¡Simón! —fué lo que dijeron el doctor, Roberto y Miguel.

Una voz lejana, que salía del fondo de la caverna, respondió con tono de terrible amenaza:

—¡Sí, Simón, el esclavo!

—¡Ven aquí, desgraciado! —dijo el señor Bandi.

—¡No!

—¿Deseas la guerra?

—¡Os mataré a todos! El tesoro es mío. ¡Ay del que le toque!

—¡Estás loco!

—¡El tesoro me pertenece! —gritó por última vez Simón.

—¡Ese hombre no tiene el cerebro sano! —exclamó Vicente—. El tesoro le ha vuelto loco.

—¡Sí, debe de estar loco! —dijo el doctor.

—¿Estará solo?

—No hemos visto a nadie con él —dijeron Roberto y Miguel.

—¿Qué hacemos, doctor?

—Intimémosle a que se rinda.

—¿En qué forma?

—Quitándole su embarcación. Ahora veo que la tiene en medio del lago.

—¿Qué os parece?

—Es una balsa, doctor.

—¿Se habrán atrevido esos hombres a venir aquí con unas cuantas tablas solamente?

—¡Pues han tenido un magnífico atrevimiento, doctor!

—Admirable, Vicente.

—¡Al agua, Miguel! —dijo el patrón—. ¡Tráete la balsa hacia acá!

El pescador, después de haberse despojado de alguna ropa y asegurado de que llevaba el cuchillo en la faja, se sumergió en el agua y nadó vigorosamente hacia la balsa del esclavo que, impulsada por la marea, se iba acercando lentamente hacia la salida de la caverna.

—Con pocas brazadas llegó a ella y se montó encima.

(Continuará en el número próximo.)

EL SORTEO DE LOS SUSCRITORES

Según se anunció oportunamente, el 16 de abril fué hecho el sorteo de los premios para los suscritores entre los Pinochistas que han hecho o renovado su suscripción anual desde el 1 de enero hasta el 15 de abril de 1926.

Los números premiados pertenecen a los Pinochistas suscritores indicados a continuación. Como los números premiados corresponden a los números que llevan los recibos de suscripción, y en éstos figura el nombre del Pinochista, hemos visto inmediatamente quiénes son los suscritores premiados; y no decimos los números por lo que se explica más abajo, en las condiciones para retirar los premios.

PINOCHISTAS SUSCRITORES PREMIADOS Y PREMIOS CORRESPONDIENTES

- Primer premio.**—Un «auto» Citroen.—Juan Manuel Urquijo, Madrid.
- Segundo premio.**—Un cinematógrafo.—José de Eiguren, Bilbao.
- Tercer premio.**—Una caja de soldados.—S. A. R. la Serenísima Señora doña María de las Mercedes de Baviera y de Borbón, Infanta de España, Madrid.
- Cuarto premio.**—Una máquina fotográfica.—Rafael Alonso Alcalde, Valladolid.
- Quinto premio.**—Una casa de muñecas.—Francisco de Cubas, Madrid.
- Sexto premio.**—Un triciclo niquelado.—Cayo Pombo Caller, Santander.
- Séptimo premio.**—Un tocador para niña.—Anita Casariego De Bel, Ribadeo.
- Octavo premio.**—Una muñeca.—Emilio Díaz Moreu, Madrid.
- Noveno premio.**—Una locomotora mecánica.—Alvaro Cobián, Madrid.
- 10 premio.**—Un lote de libros.—Encarnación Peregrin Ardivé, Baza (Granada).
- 11 premio.**—Un lote de libros.—Lourdes Belver Llamas, Barcelona.
- 12 premio.**—Un lote de libros.—Juanita Gamero Civico, Madrid.
- 13 premio.**—Un lote de libros.—Carmen Urrutia, Madrid.
- 14 premio.**—Un lote de libros.—Rafael A. Novoa, Vigo.
- 15 premio.**—Un lote de libros.—Antonio Godar, Vivero.
- 16 premio.**—Un lote de libros.—Merceditas Lletget, Barcelona.
- 17 premio.**—Un lote de libros.—Germán Valentín, Madrid.
- 18 premio.**—Un lote de libros.—María del Carmen Segovia, San Fernando (Cádiz).
- 19 premio.**—Un lote de libros.—María Barroso, Málaga.
- 20 premio.**—Un lote de libros.—Fernando Coghén, Madrid.
- 21 premio.**—Un lote de libros.—Ignacio L. Morillas, Vitoria.
- 22 premio.**—Un lote de libros.—Antonio María Cospedal, Logroño.
- 23 premio.**—Un lote de libros.—Santiago y Ramón del Olmo Mallol, Palencia.
- 24 premio.**—Un lote de libros.—Alvaro Janini, Valencia.
- 25 premio.**—Un lote de libros.—Mario F. Mazas, Orense.
- 26 premio.**—Un lote de libros.—Gregorio Marañón Moya, Madrid.
- 27 premio.**—Un lote de libros.—María Clapés, Barcelona.
- 28 premio.**—Un lote de libros.—María González, Salvatierra de Tormes.
- 29 premio.**—Un lote de libros.—María Teresa Cirujeda, Alicante.
- 30 premio.**—Un lote de libros.—Rafael de Alvear, Madrid.
- 31 premio.**—Un lote de libros.—Concha y Fernando Morabini, Madrid.
- 32 premio.**—Un lote de libros.—Guillermo Rolland, Madrid.
- 33 premio.**—Un lote de libros.—Juanito Delaporte, Constantina (Argelia).
- 34 premio.**—Un lote de libros.—José Antonio González Lodares, Villaescusa de Haro.
- 35 premio.**—Un lote de libros.—Miguel Nolla Forcada.
- 36 premio.**—Un lote de libros.—Alberto Tapia, Madrid.
- 37 premio.**—Un lote de libros.—Mateo Azpeitia, Madrid.
- 38 premio.**—Un lote de libros.—Aurelio Romero Puente, Sevilla.
- 39 premio.**—Un lote de libros.—Puri y Mimo Nanclares, Valencia.
- 40 premio.**—Un lote de libros.—Carlitos R. Cabello y Soto, Santander.
- 41 premio.**—Un lote de libros.—Gonzalo Moreno, Daimiel.
- 42 premio.**—Un lote de libros.—Guillermo Martínez de Pinillos, Chiclana de la Frontera.
- 43 premio.**—Un lote de libros.—Lorenzo Fernández, Barcelona.
- 44 premio.**—Un lote de libros.—José Luis Hernández, Huelva.
- 45 premio.**—Un lote de libros.—Pedro Corral, San Sebastián.
- 46 premio.**—Un lote de libros.—Hermilia Pelaz, Zamora.
- 47 premio.**—Un lote de libros.—Fernando de Chavarri, Madrid.
- 48 premio.**—Un lote de libros.—Tomás García Lara, Madrid.
- 49 premio.**—Un lote de libros.—Javier Muguiro, Madrid.
- 50 premio.**—Un lote de libros.—María Teresa Vallhonrat, Madrid.

CONDICIONES PARA RETIRAR LOS PREMIOS

- 1.ª Los premios podrán retirarse durante los treinta días siguientes a la publicación del presente número. Pasados esos treinta días, perderán su derecho los suscritores premiados que no hayan retirado su premio.
- 2.ª Los premios pueden retirarse en la Administración de PINOCHO (EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., calle de Valencia, 28, Madrid) o recibirlos a domicilio.
- 3.ª Tanto quienes deseen retirar los premios en la Administración como quienes prefieran recibirlos a domicilio, deberán escribir a PINOCHO (Apartado 447, Madrid) manifestando su deseo y diciendo cuál es el número y la fecha de su suscripción; y esto, no solo como garantía de su personalidad, sino como confirmación de que el número premiado ha sido, efectivamente, el suyo, y que la suscripción está hecha dentro del plazo fijado para tomar parte en este sorteo. Si la fecha del recibo no está dentro de dicho plazo o no coincide con la que figure en las listas de suscripción de PINOCHO, el premio será nulo. Igualmente será nulo si el suscriptor premiado no sabe exactamente cuál número le ha correspondido; es decir, cuál número es el de su recibo de suscripción. También deberá presentar la dirección de su domicilio, que deberá coincidir con la que la Administración tenga anotada en su suscripción.
- 4.ª Será también requisito indispensable, para retirar o recibir el premio, presentar o remitir un retrato del Pinochista suscriptor premiado, que sea suficientemente grande y claro para que se pueda reproducir bien. No se admiten, por tanto, retratos borrosos ni demasiado pequeños. Tampoco se admiten retratos en los que el Pinochista suscriptor esté con otras personas.
- 5.ª Los que hayan escrito a PINOCHO anunciando su propósito de recoger personalmente en la Administración su premio, podrán recogerlo ocho días después de la fecha de su carta. Los Pinochistas suscritores que hayan dicho que desean recibir el premio en su casa, recibirán una carta indicándoles lo que han de abonar como gastos de envío.

NO, YO NO SOY
UN HUEVO DE
PASCUA MI
NARICES;
YO SOY EL
AUTÉNTICO
HUEVO DE
COLÓN.



COLORÍN Y SU PANDILLA

BUENO, PUES AUNQUE NO
TE GUSTE TE PONES ES-
TE TRAJE.

ESO ES
UN TRA-
JE DE NI-
ÑA.



PUES TE LO PONES
Y CUIDADITO CON
MANCHARLO.

ME VAN A TO-
MAR POR
UNA NIÑA



¡QUÉ GUAPITO VAS!

JA, JA.
¿PERO ES
EL, O ES
ELLA?

¿PERO DON-
DE VAS CON
ESO?

SI, REIROS,
REIROS. YA QUI-
SIERA YO VERQUE
HACIAIS SI TUVIE-
RAIS UNA HER-
MANITA COMO
LA MIA.



¡TIENES
RAZÓN,
COLORÍN!

¡HAY QUE
VERTU
HERMANI-
TA LA PO-
BRE!

Y ENCIMA
HE DE TENER
MUCHO CUI-
DADITO PARA
NO MANCHAR-
LO.

CON PAS-
TAS.

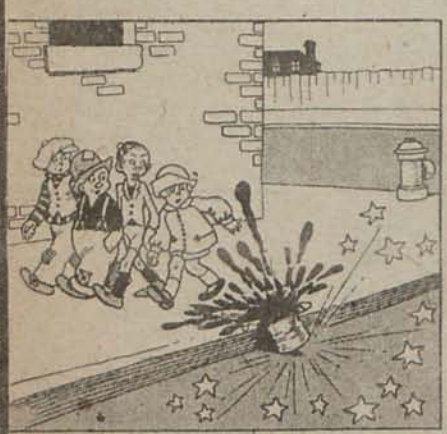
BUENO; SI
ME VAIS A
TOMAR EL
PELO ME
VOY.



Y AQUÍ NO PINTA USTED
NADA.

ME PARE-
CE QUE
HAY
BRONCA

¡AH! VA
ESO!



OYE, PROCU-
RA QUE NO
SE NOTE.

ERES UN
GOYA, CHI-
CO.

¡VA A QUE
DAR ESTU-
PENDO!



¡QUÉ GRA-
CIOSO VÁ!

YO CREO
QUE SU HER-
MANA NO
VA A NO-
TAR NADA

SU HERMANA
NO; PERO EL
VÁ A NOTAR
CADA COSCO-
RRÓN QUE
"PA" QUE



BRANNER
Reg. U.S. Pat. Off. Copyright, 1957
by The Charles Tilton

LAS BABUCHAS DE LA MALA SUERTE

CUENTO DE CALLEJA EN COLORES

Se cuenta que había en Bagdad un hombre llamado Abulcásim, el cual llevaba ya puestas más de siete años las mismas babuchas. Cada vez que se le rompían por algún lado les echaba un remiendo, de modo que habían llegado a ser demasiado pesadas, y entre la gente se citaban como proverbio.

Sucedió un día que Abulcásim entró en el mercado de los vidrios, y un corredor le dijo:

—Hoy ha llegado un comerciante de Alepo con un cargamento de vidrios dorados que se los han dejado de cuenta; cómpraselo, yo te los revenderé en algunos días y tú ganarás el doble de su precio.

Abulcásim lo compró por sesenta dinares. Entró después al mercado de los perfumistas, y otro corredor le dijo:

—Hoy ha llegado de Nisibe un comerciante con agua de rosa de primera calidad; es fácil que se la puedas comprar barata; yo te la revenderé en poco tiempo y ganarás, sin duda alguna, el doble de su valor.

Y Abulcásim la compró por otros sesenta dinares y la echó en las vasijas de vidrios dorados. Las hizo cargar, se las llevó y las colocó en su casa sobre una tabla. Luego se fué al baño para lavarse.

—Abulcásim—le dijo uno de sus amigos—. Quisiera que cambiaras tus babuchas; éstas, precisamente, que llevas siempre puestas son de lo más feo que hay en el mundo, y tú eres rico, gracias a Dios.

—Llevas razón—le contestó Abulcásim—; lo haré.

Salió del baño, se vistió y vió junto a sus babuchas otras completamente nuevas. Creyó que su amigo había tenido la generosidad de comprárselas; se las calzó y se fué a su casa. Pero estas babuchas flamantes pertenecían al juez que había ido al baño aquel día y las había dejado allí al entrar. Cuando terminó de bañarse, buscó sus babuchas y no las encontró por ninguna parte.

—¡Hermanos!—preguntó a los empleados del baño.—¿El que se ha llevado mis babuchas, no ha dejado nada en su lugar?

Buscaron por todas partes y no encontraron más que las sandalias de Abulcásim, y en seguida las reconocieron porque se habían hecho proverbiales. El juez envió a sus servidores que registraran la casa y encontraron en ella las babuchas de su señor. Éste hizo comparecer a su presencia a Abulcásim, recobró sus babuchas, mandó azotarlo para que se enmendara, lo metió en la cárcel por unos días y le impuso una multa.

Salió Abulcásim de la prisión y lleno de cólera cogió sus babuchas y las arrojó al río Tigris y rápidamente se hundieron en el agua. Pero un pescador echó allí sus redes y sacó las famosas sandalias. Al verlas, en seguida las reconoció, y dijo:

—Son de Abulcásim; parece que las ha arrojado al río.

Y las llevó a su dueño, a quien no encontró; pero, mirando por la casa, vió una ventana abierta que daba al interior y echó por ella las babuchas, que fueron a dar precisamente sobre la tabla en que estaban los cacharros de vidrio con el agua de rosas; todo cayó al suelo, los vasos se hicieron añicos y el agua se derramó. Cuando Abulcásim volvió a su casa y vió todo aquello, comprendió lo sucedido, se arañó el rostro, y llorando y gritando exclamaba:

—¡Qué desgracia la mía! ¡Estas babuchas me han arruinado!

Entonces decidió cavar por la noche un pozo para enterrarlas y perderlas de vista. Pero los vecinos oyeron el ruido que hacía y creyeron que alguien socavaba la muralla para robarlos. Llevaron la queja ante el gobernador, que mandó prender a Abulcásim.

—¿Cómo te permites—le dijo—hacer agujeros en la muralla para robar a tus vecinos?





Y otra vez se fué el pobre hombre a parar a la cárcel, de la cual no salió hasta que pagó una fuerte multa.

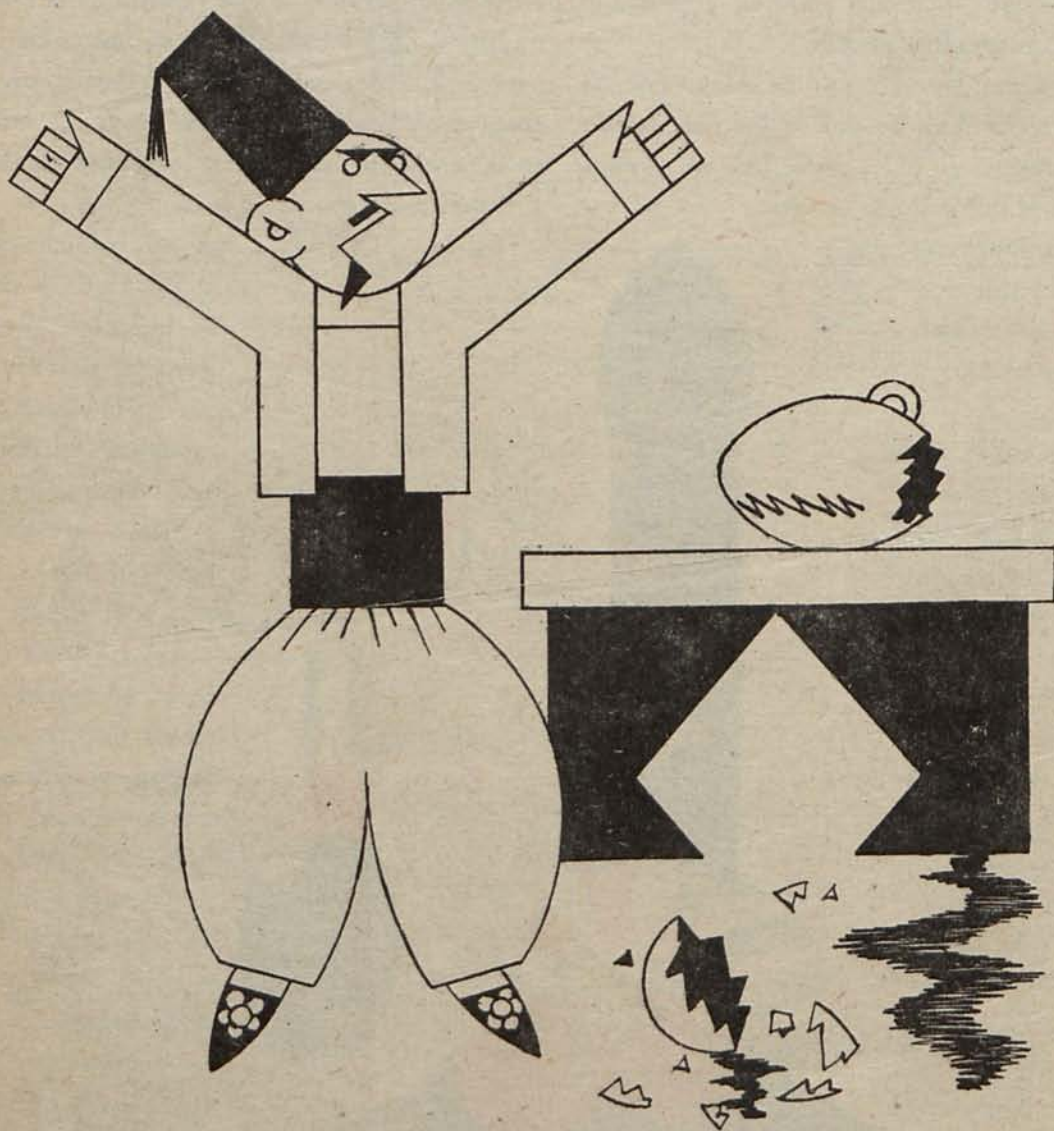
Al verse libre de su encierro, furioso contra las fatídicas babuchas, las tiró a una alcantarilla por la que iban las aguas sucias; pero taparon el conducto, las inmundicias se desbordaron y apestaron el lugar con sus infectos olores. Se buscó la causa de aquella avería, se encontraron las célebres babuchas, y en seguida se reconoció que eran las de Abulcásim.

gravemente. La familia examinó las babuchas y, claro está, reconocieron que eran las de Abulcásim.

Y otra vez se llevó el asunto ante el cadí, que lo condenó a pagar el precio del niño y a indemnizar a la mujer de todos los gastos que ocasionó su enfermedad. En esto consumió todo su capital y se quedó en la miseria.

Entonces Abulcásim tomó sus babuchas, las llevó delante del juez, y le dijo:

—Deseo que mi señor el juez escriba un acta legal



Fueron llevadas ante el gobernador, a quien se contó lo ocurrido. Hizo que condujeran al dueño de las sandalias a su presencia; le echó una fuerte reprimenda, lo encarceló, le obligó a pagar los gastos de reparación de la alcantarilla, imponiéndole de multa otra cantidad igual como castigo; y después que las hubo pagado, lo soltó.

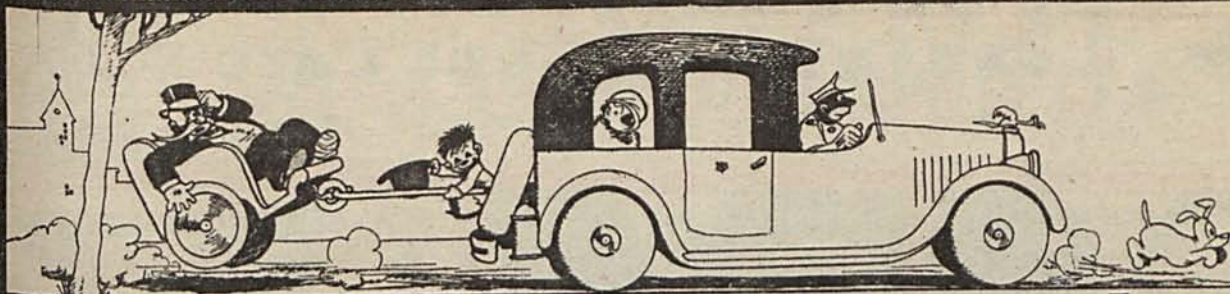
Abulcásim salió de la cárcel con sus célebres babuchas, las lavó y las puso a secar en la terraza de su casa. Un perro las tomó por una carroña y se las llevó; pero al pasar por otra azotea se le escaparon y fueron a caer sobre una mujer que tenía un niño durmiendo sobre su regazo; el niño quedó muerto del golpe; la madre, del dolor y disgusto, enfermó

entre mis babuchas y entre mí haciendo constar que ellas no son nada mío y que yo nada tengo que ver con ellas; que cada uno de nosotros no tiene que responder nada por el otro, y que yo no deberé ser castigado más por aquello que mis babuchas puedan hacer.

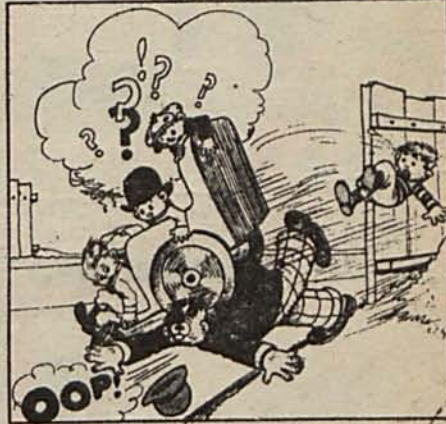
Y a continuación le refirió todas las desgracias que le habían ocasionado. El juez se echó a reír y le hizo un regalo espléndido.

FIN





POTIPÁN Y CAÑAMÓN



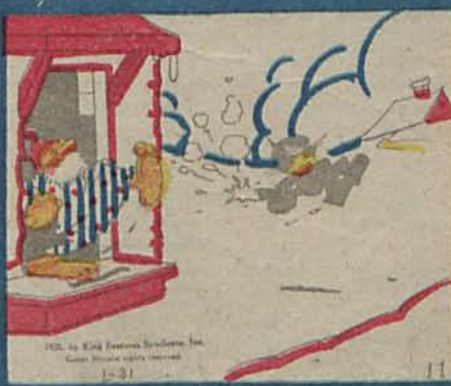
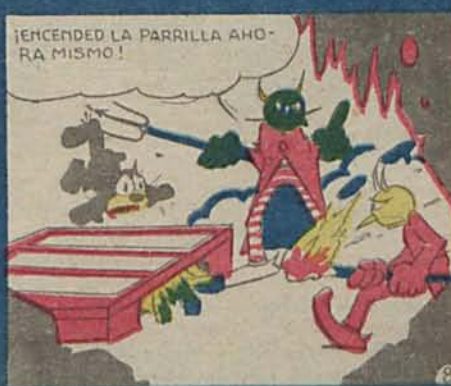
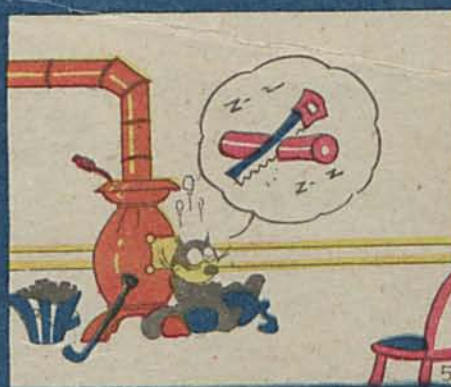


DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO.



PROGRAMA
PARA HOY

UN MISTERIO DOBLE

Sensacional!

GRAN CINE



Era una agradable noche del mes de agosto, y Paddy O'Darrell y su ayudante Bob hallábanse sentados en el salón disfrutando de la brisa del anochecer que penetraba por el balcón abierto de la terraza.

El detective estaba anotando en su diario los detalles de su último caso como solía hacerlo siempre al terminar un día de trabajo, y Bob ordenaba en un album algunos sellos de su colección.

De pronto sintieron pasos rápidos por las escaleras y en la puerta sonó un fuerte aldabonazo.

Bob se levantó con impaciencia a ver quién llamaba y volvió apresuradamente, diciendo:

—Es un viejo que quiere ver a usted para un asunto de mucha importancia.

—Realmente ya es hora de descansar, pero le recibiré —contestó Paddy.

Bob salió e introdujo en la sala a un hombre viejo, con barba y cabellos blancos.

—¿Es usted Mr. Darrell? —preguntó el visitante sin respiración.

—Sí, señor.

—Vengo para suplicarle que me preste su ayuda en un asunto muy importante...

—¿Se puede saber para qué lleva usted barba postiza y peluca? —le interrumpió Paddy sonriendo.

—Porque me he visto obligado a ello —respondió aquel hombre.

arrancándose el disfraz y enderezando la espalda, con lo cual resultaba joven y bien parecido—. No supondría usted que yo iba a llevar esto por gusto en una noche tan calurosa como la de hoy, ¿verdad?

—Ya me figuraba que no —contestó Paddy.

—Pues bien: primeramente le diré que me llamo Harold Dalvy y que acabo de llegar de un puerto del continente, con unas noticias muy importantes que tengo que llevar al Ministerio de Estado antes de las doce de la noche.

—¿Y por qué tiene que ser antes de esa hora?

—Para impedir que ocurra un acontecimiento muy grave —dijo Dalvy cada vez más excitado, y sacó del bolsillo un sobre lacrado que puso encima de la mesa.

—En caso de que me sucediera algo, aquí tiene usted todos los detalles para el Ministerio que debe de tenerlos en su poder antes de las doce de la noche...

—Pero señor mío —interrumpió Paddy—. Si es una cosa tan importante, como usted dice, ¿por qué no lo lleva usted mismo?

—Porque me han seguido y espiado todo el camino desde el puerto continental. Tan pronto como mi yate, el «Aria», ancló en el Támesis, debajo de Tower Bridge, saltó a tierra disfrazado; pero en seguida noté que me seguían y sé que si me arriesgara a ir hasta el Ministerio de Estado... sería... En fin, lo que deseo es que usted...

Una cosa que lanzaron por la ventana, interrumpió a Dalvy; Bob la recogió; era una hoja de papel que envolvía una piedra.

Dalvy tomó el papel de manos de Bob. El pobre muchacho temblaba y estaba mortalmente pálido, contemplando el papel como fascinado.

Paddy leyó en alta voz:

«Dalvy: Sabemos dónde estás y lo que vas a hacer, y te advertimos que, si nos estropeas nuestros planes, no verás la luz ni un día más.»

—Es de esos extranjeros... Me han conocido —exclamó Dalvy—. ¿Qué haré ahora?

—Yo le diré a usted lo que tiene que hacer —contestó Paddy asomándose a la terraza, desde donde se descolgó por una de las pilastras que la sostenían.

Ya en el jardín, saltó la verja y cayó en la estrecha calle a donde daba su casa. Miró para uno y otro lado y percibió una sombra, apoyada en el quicio de una puerta. Echó a correr en pos de ella, pero la sombra huyó tomando la forma de un hombre, con sombre-

ro flexible, que corría con una velocidad increíble, atravesó la plazoleta, y después se metió por una calle llena de tráfico.

Paddy iba detrás de él, pero al llegar al extremo de la plaza ya le perdió de vista. O se había mezclado entre la multitud, o había saltado dentro de un «taxi» o un autobús.

Paddy retrocedió, diciéndose:

—Otra vez tendré más suerte.

Cuando llegaba a su casa oyó desde fuera un tremendo golpe que procedía de la sala donde él acababa de estar. Al golpe siguió un grito ahogado. Rápido como el rayo Paddy volvió a saltar la verja, y desde el jardín subió por la pilastra hasta la terraza y entró en el salón, que se hallaba muy diferente a como él lo dejara.

La mesa estaba tirada en el suelo; una silla rota y Bob yacía también tirado sin conocimiento. De Harold Dalvy no se veía ni rastro.

A Paddy le dió un vuelco el corazón al ver a su ayudante tirado. Se arrojó junto a él y vio que no estaba herido; por lo menos no se le veía sangre alguna; debía de estar narcotizado, porque se notaba un fuerte olor a drogas.

Paddy empezó a aplicarle remedios para hacerle volver en sí; pero todavía pasaron quince minutos antes de que recobrase el conocimiento. Cuando abrió los ojos miró a su alrededor un poco vagamente, pero después de tomar un sorbo de una bebida confortante que Paddy le suministró el muchacho pudo incorporarse.

—¿Se lo han llevado, jefe! —exclamó.

—¿Qué es lo que ha sucedido? —preguntó Paddy.

—Apenas se fué usted entraron dos extranjeros de repente; debían de estar escuchando en las escaleras; abalanzáronse sobre Dalvy, yo acudí en su ayuda, pero uno de ellos me arrojó un líquido a las narices y caí al suelo desmayado; debía de ser un narcótico.

—¿De modo que se lo han llevado? ¡Pues hay que lanzarse en su busca! Si lo que Dalvy decía es cierto, antes de media noche sucederá un acontecimiento muy grave. Espera... El dejó un sobre con instrucciones...

El detective púsose a buscar el sobre; levantó la mesa, que estaba tirada en el suelo; pero el sobre había desaparecido.

—No cabe duda; tenemos que habérnoslas con gente

muy astuta —dijo Paddy—. ¿Cómo te sientes, Bob? ¿Podrás tomar parte en la caza que voy a emprender?

—¡Claro que sí, jefe! Ya me siento bien! Es una lástima que Trailer no hubiera estado aquí porque entonces no hubiera dejado que arrebatasen a Dalvy de ese modo.

Bob abrió la puerta y dió un silbido; acudió en seguida un enorme sabueso que empezó a olfatear con aire de sospecha; indudablemente olía el rastro de los extranjeros.

—¡Aquí tiene usted, jefe! ¡Un sombrero, que se le habrá caído a uno de ellos en la refriega. ¡Ven aquí, Trailer! —añadió poniéndole la correa.

El perro olfateó el sombrero, dió un gruñido y salió de la sala con Bob, que le llevaba de la correa. Paddy iba detrás.

Trailer llegó por la plaza, torció a la derecha y siguió por una calle solitaria que quedaba a espaldas de la plaza. Allí, junto a la acera, se detuvo como si hubiera perdido la pista.

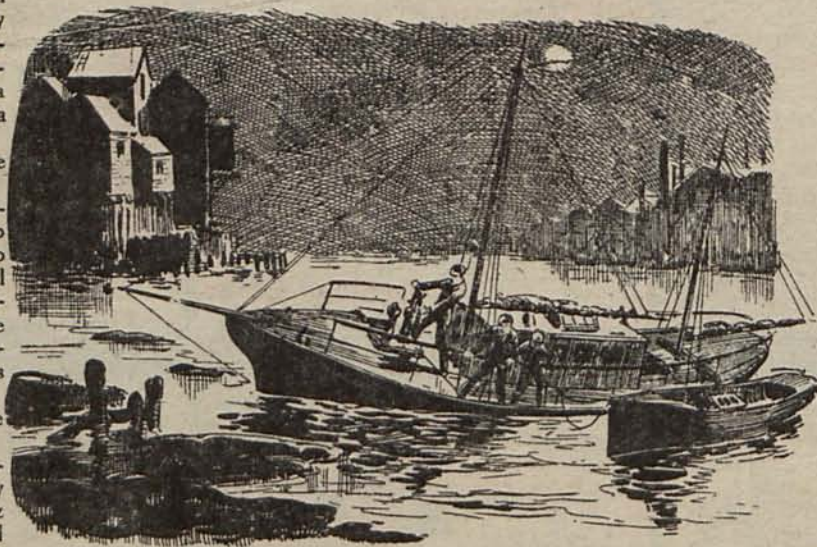
—Eso es que se han llevado a Dalvy en algún vehículo —observó Bob contrariado.

—Debemos ir al yate de Dalvy, al «Aria» —dijo Paddy—. Pudiera ser que allí encontráramos algún indicio. ¡Hala, Bob! ¡En marcha!

Atravesaron otra vez la plazoleta, tomaron un taxi que pasaba, y Paddy ordenó al chófer que los llevase a Tower Bridge. Una vez allí se dirigieron al río y bajaron por unas escaleras que conducían a la superficie del agua.

Paddy se encuentra con una sorpresa.

Miraron ansiosamente a través del río; Paddy pudo distinguir a



la luz de la luna la silueta de un pequeño yate que estaba amarrado a una boya, un poco más allá.

—Ese debe de ser el *Aria*. Aquí hay un bote; voy a alquilarlo para ir en él.

—¿Qué hago yo mientras tanto? —preguntó Bob.

—Tú busca y alquila una gasolinera —ordenó Paddy—; porque si encuentro a Dalvy tendremos que andar muy rápidamente.

—Está bien.

Paddy saltó al bote y empezó a remar hacia el *Aria*.

Hasta que estuvo junto a la popa no pudo cerciorarse de que, efectivamente, él era; porque tenía pintado el nombre en uno de los costados. El detective ató el bote a una cuerda que pendía del barco y se subió por el costado, haciéndolo todo ello muy silenciosamente. A juzgar por el silencio que reinaba en el puente, creyó que allí no había más persona que él. Pero en seguida vio aparecer por las escaleras de la cámara la figura de un hombre. Paddy quedó sobrecogido por la sorpresa, porque aquel era precisamente Harold Dalvy.

—¡Dalvy! ¿Usted aquí? ¡No pensaba encontrarle tan pronto!

Dalvy, por toda respuesta, se llevó un dedo a los labios imponiendo silencio y haciéndole seña de que le siguiera bajo las escaleras.

Dalvy llegó a la cubierta inferior y entró en una cabina muy iluminada; Paddy le siguió, y cuando estuvieron los dos dentro, el guía se volvió hacia él, pudiendo el detective verle bien la cara a la luz.

—¡Canastos! —balbuceó Paddy—. ¡Usted no es Dalvy!

—No; me he disfrazado como él para en caso de que usted viniera, porque no quería que usted volviera a estropearme los planes —explicó el mozo que hablaba con marcado acento extranjero.

El detective se apretó las manos una con otra para hacer más fuerza, y saltó por encima de la mesa lanzándose sobre el extranjero. Pero en aquel momento entraron en la cabina otros dos que se echaron sobre el detective. Este luchó como un tigre repartiendo buenos puñetazos que hacían a los malhechores defenderse con trabajo. Sin embargo, el arrojado detective acabó por recibir un golpe en la nuca, que le hizo caer al suelo sin sentido.

Cuando recobró el conocimiento, no podía decir cuánto tiempo había transcurrido.

Se dio cuenta de que el barco trepidaba; miró en derredor y vio que se encontraba en un pequeño camarote, alumbrado por los rayos de luna que penetraban a través del camarote, inundándolo. El *Aria* marchaba a toda velocidad a lo largo del río.

Paddy estaba maniatado y se dio cuenta entonces de que había caído en una ingeniosa trampa preparada por los misteriosos extranjeros.

Forcejeó y luchó con toda su fuerza para ver de librarse de las ligaduras; pero éstas habían sido atadas alrededor del cuerpo con mucha habilidad y sus esfuerzos no hicieron ninguna impresión en ellas. De cuando en cuando tenía que descansar y gruesas gotas de sudor le caían por la cara; parecía que tanto esfuerzo iba a dejarle extenuado.

Después de algún tiempo, Paddy observó que el suelo del camarote se inclinaba exageradamente para un lado; entonces se dio claramente cuenta de lo que sucedía; el *Aria* se estaba hundiendo.

Renovando sus esfuerzos con vigor, rodó por el suelo hasta encontrar algo que le pinchó en la mano; era un clavo que salía del piso. Paddy se puso encima de él y empezó a frotar las cuerdas contra la punta del clavo.

Fue una tarea larga; pero al fin rompió una, después otra, y se encontró desatado.

Arrancó el pañuelo que le tapaba la boca y se puso en pie para mirar por el ventanillo de ojo de bucy. El agua llegaba casi hasta él... Un poco más y entraría en el camarote, inundándolo. Paddy se precipitó a la puerta empujándola con todo el cuerpo; la puerta no cedía y el barco se iba hundiendo cada vez más.

De repente el detective oyó por el agua el ladrido del sabueso.

Eso sonó como una música grata en sus oídos...

—¡Trailer!

Paddy volvió a asomarse al ventanillo. Por el río venía a toda marcha una gasolinera hacia el *Aria*. Paddy sacó la linterna eléctrica del bolsillo, y, valiéndose de ella, transmitió un mensaje a Bob.

Del bote contestaron con unas señales. Pero, aunque veía que su

ayudante corría a rescatarle, veía también que el *Aria* se hundía de un momento a otro.

Por fin el bote motor llegó hasta el costado de la embarcación y Paddy oyó pasos apresurados en la cubierta superior; pasos que se aproximaban por la escalera de cámara. El detective llamó con los nudillos a la puerta... ésta se abrió, y entraron Bob y Trailer.

—¡Gracias a Dios, Bob! ¡Llegáis a tiempo! —dijo Paddy estrechando la mano del muchacho casi sin respiración.

—¡El barco se hunde, jefe!

—Ya lo sé; los bribones creían que iba a ser este mi último viaje. Deben de haber abierto las compuertas del agua, y después echaron el barco río abajo empujado por la corriente; ellos habrán tomado las de Villadiego, ¿eh? Pero, ¡mira, mira! ¡Trailer ha descubierto algo!

El perro estaba arañando la puerta de un camarote que había al extremo del pasillo.

Paddy y Bob abrieron. Encima de la cama yacía un hombre atado de pies y manos.

El detective se inclinó para verlo. Era Harold Dalvy. Esta vez era el verdadero Dalvy.

Desatáronle y le pusieron en pie. Estaba todavía atontado. Sin embargo, hizo un esfuerzo por reanimarse.

—¡Aprisa, que el barco se hunde! —gritó Paddy llevándole, ayudado de Bob, sobre cubierta.

Paddy miró al barco. El borde de la cubierta ya estaba rasando con el agua.

A la izquierda, a la orilla había un trozo de terreno enlodado. Paddy se agarró al timón y viró. El *Aria* se fué acercando lentamente a la orilla hasta quedar incrustado en el lodo.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Dalvy—. A no haber sido por ustedes se hubiera hundido y yo con él. Pero esos bandidos todavía son capaces de salirse con la suya.

—¡Aún no son las doce de la noche! —repuso Paddy—. Pero díganos usted qué misterio es ese.

—Verá usted: Estando yo en un puerto extranjero oí hablar a tres individuos en un café (los tres que ha visto usted esta noche), y estaban planeando el modo de robar a un mensajero que saldrá esta noche del Ministerio de Estado para

llevar un importante tratado a otra nación.

—¿De veras?

—Pero ellos se enteraron de que yo les había oído la conversación. Yo vine a Inglaterra, en mi yate, para prevenir a las autoridades; ellos, me siguieron; me advirtieron que si me entrometía en sus planes no volvería a ver más la luz del sol. Yo comprendí que si iba directamente a la Policía me atacarían, y por eso pensé en ustedes...

—¡Entonces hay que desembarcar en el bote motor a toda prisa! —Exclamó Paddy.

Saltaron a él desde el *Aria*, que se hundía por momentos, y en seguida llegaron a un lugar del muelle en donde brillaban una porción de luces. Cuando llegaron allá vieron que era una estación de Policía del río. Paddy explicó brevemente lo sucedido y desde allí mismo habló por teléfono con un oficial del Ministerio de Estado.

El mensajero fué vigilado, y cuando los tres malhechores le asaltaron, fueron capturados.

Más tarde, Dalvy, Paddy y Bob, recibieron un mensaje de gracias del Gobierno por sus servicios, y a Dalvy le indemnizaron de los daños causados en el yate.



EL TEATRO DE PINOCHO

LA ROSA MARINA DE LA PRINCESA DE LA CHINA

(CUENTO ORIENTAL EN CUADROS)

(Continuación.)

AL-DIN. Yo también salgo hoy en busca de esa flor maravillosa.
IBN-SINA. Son muchos los peligros.
S. EL-A. ¡Bien lo vale el premio que se ofrece!...
AL-DIN. No han de pasar siete lunes sin que vuelva con la rosa marina, y sea mía la mitad del Imperio. Adios, visir. Adiós, sabio doctor.
S. EL-A. De uno o de otro será la flor maravillosa. Adiós, mis amigos. *(Salen los príncipes.)*
EL VISIR. ¡Que el que todo lo puede conduzca nuestros pasos!
IBN-SINA. Temo que nada consigan. La empresa es arriesgadísima.
EL VISIR. Pero ellos son jóvenes y animosos.
IBN-SINA. Sin embargo... Su mismo ánimo y su misma juventud los engaña. Yo he dicho ya que es imposible... Ahora, prudente visir, me dirijo a los laboratorios. Hemos de buscar los remedios que hagan menos doloroso el mal de nuestro rey, ya que la verdadera curación no puede conseguirse.
EL VISIR. ¡Que el poderoso Alá acreciente nuestra ciencia!... *(Sale Ibn-Sina.)*
NURGIH. *(Saliendo de donde se ocultaba.)* ¡Creí que no se marcharían nunca!
EL VISIR. ¿Has oído?...
NURGIH. Todo. Hoy mismo saldré, como mis hermanos, en busca de la rosa marina.
EL VISIR. Te atrae, como a ellos, la posesión de la mitad del Imperio.
NURGIH. No, no es eso. Solamente quiero encontrar el remedio para este mal que yo mismo he ocasionado, imprudentemente. Voy por la rosa, y volveré con ella. Adiós, Visir, buen amigo mío...
EL VISIR. Piensa, señor, que son muchos los peligros, y el viaje penoso y difícil. Eres demasiado joven para exponerte.
NURGIH. Mi brazo puede ya sostener una lanza y sujetar las riendas de un caballo. Mi corazón no sabe lo que es temblar...
EL VISIR. Pero el médico ha dicho la palabra imposible...
NURGIH. Yo no conozco esa palabra. Agradezco, visir, la buena intención que te guía al querer detenerme, pero nada has de conseguir. Voy a probar por mi mismo, en la piedra de toque del peligro, el oro de mi destino. Y ya que soy el causante involuntario de la ceguera de mi padre, justo es que por curarle exponga la vida. Adiós, mi buen amigo. *(Sale.)*
EL VISIR. ¡Adiós, príncipe valeroso!

TELÓN

FIN DEL PRIMER ACTO



ACTO SEGUNDO

CUADRO CUARTO

«EL GENNI DE LA SELVA SIN LÍMITES»

La escena representa la «Selva sin límites», negra y oscura, llena de árboles gigantes, retorcidos y atemorizadores. Junto a uno de ellos, sentado en el suelo, se halla un viejo genni. Entra, montado en su caballo, el príncipe Sett El-Arab.

EL GENNI. Detente, caballero... Socórreme...
SETT EL ARAB. Apártate, mendigo. Tus harapos pueden manchar los cascos de plata de mi caballo. *(Se aleja.)*
GENNI. ¡Dios! Ya es este el segundo príncipe que pasa y que así se comporta conmigo. Allí ellos. ¿Qué nobleza es la suya que no conoce las dulzuras de la caridad?
(Llega el príncipe Nurgihán en su caballo blanco.)
GENNI. Detén tu corcel, príncipe poderoso...
NURGIHÁN. ¿Quién eres? ¿Qué haces aquí en lo más negro de esta selva? ¿Te has extraviado en tu camino? Sube a la grupa de mi caballo y te dejaré a las puertas de la ciudad más cercana...
GENNI. ¡Oh, príncipe poderoso! Mi lugar es este y aquí vivo siempre.
NURGIH. ¿Cómo puedes vivir por tu gusto en este lugar, habiendo ciudades hermosas? Sin embargo, haz tu gusto si es ese... Pero dime si puedo socorrerte en algo o ayudarte... La pobreza de tus vestidos turba mi corazón...
GENNI. ¡Oh, tierna planta del jardín de la elevación! Desciende de tu caballo y descansa conmigo unos instantes. Cerca de aquí encontrarás una fuente donde tu caballo puede beber. Tu jornada debe ser larga...
NURGIH. Nada es comparado con lo que aún me falta. Largo es

mi camino y corto mi tiempo. Pero no he de dejarte sin aceptar antes tu invitación. Dejaré mi caballo en la fuente, y vuelvo al momento. *(Sale.)*
GENNI. Por fortuna, aún hay bondad en el corazón de los hombres.
NURGIH. *(Entrando.)* En mi alforja traía un pastel de manteca derretida y harina en flor, regalo del visir, mi buen amigo. En prueba de amistad, te lo ofrezco...
GENNI. ¡Y yo lo acepto con mucha alegría!... *(Come.)* Este alimento de los hijos de Adán me da más gusto que si me hubiesen regalado el azufre rojo que sirve de piedra al anillo de nuestro señor Soleimán. Y estoy tan entusiasmado, ¡por Alá!, que si cada pelo mío se convirtiera en cien mil lenguas, y cada una de las lenguas se dedicara a alabarte, aún no expresaría yo la gratitud que por ti siento. Pídemelo, en cambio, cuanto quieras, y lo cumpliré sin tardanza. Soy el Genni de esta selva y mi poder alcanza a todos los elementos. Pídemelo lo que quieras. De no hacerlo así, mi corazón parecería un plato que cayera desde lo alto de una torre y se rompiera en añicos.
NURGIH. Agradezco tus palabras, ¡oh jefe de los genni y corona suya!, ¡oh guardián celoso de la selva! Y puesto que me permites formular un deseo, hélo aquí. Sencillamente pídotelo que me hagas llegar, sin tardanza, al reino del rey Firuz, donde cuento con coger la rosa marina de la princesa de la China.
GENNI. ¡Oh, mi señor! La rosa marina de que hablas, y cuya dueña es la princesa de la China, está guardada por gennis aéreos que día y noche se dedican a impedir que ningún pájaro vuele en torno de ella, que no deterioren su corola las gotas de lluvia y que el Sol no la queme con su lumbre. Por tanto, no veo manera de arreglarme, una vez que te haya transportado al jardín donde ella vive, para burlar la vigilancia de los guardianes aéreos que están enamorados de ella. ¡En verdad que mi perplejidad es una perplejidad grandel! Pero dame ya otro de esos excelentes pasteles y quizás sus cualidades ayuden a mi cerebro a dar con la coyuntura que anhelo. Porque es preciso que cumpla mi promesa haciéndote lograr la rosa de tus deseos.
NURGIH. ¿Es eso, solamente, lo que necesitas? Al punto voy... *(Sale y vuelve con un pastel.)* Aquí tienes.
GENNI. ¡Ya está! ¡Ya lo tengo pensado! El pastel ha surtido su efecto. Mójate en mi brazo y emprendemos un vuelo hacia la China. Ya he dado con la manera de burlar la vigilancia de los guardianes aéreos de la rosa. ¡Es muy sencillo! No hay más que arrojarles unos cuantos de esos asombrosos pasteles de manteca derretida y harina en flor. Sube sobre mi brazo izquierdo y vamos a volar.
NURGIH. Vamos.
GENNI. Con mi brazo derecho te resguardaré de los rayos del Sol. Pronto volarás sobre la capital del país de China.

TELÓN

FIN DEL CUADRO CUARTO



CUADRO QUINTO

SOBRE LA CAPITAL DEL PAÍS DE CHINA

Para dar lugar a que se coloque la decoración del jardín de la princesa Cara de Lirio, cae un telón en el que se divisa, desde una gran altura, la capital del país de China. Cruzan la escena, por el aire, colgados de un hilo, el Genni de la selva sin límites y el príncipe Nurgihán sentado en su brazo.

NURGIH. ¡Oh, qué bella ciudad! ¡Es la más hermosa de la tierra!
GENNI. Estamos sobre la capital del país de la China. Te depositaré, dulcemente, a la entrada del jardín maravilloso. Puedes entrar con el corazón tranquilo, porque voy a distraer a los guardianes de la rosa con el pastel que me has dado para ellos.
NURGIH. ¿Y luego?
GENNI. Me encontraré esperándote a la puerta del jardín para conducirte donde quieras.
NURGIH. ¡Oh! Ya veo el jardín allí abajo. ¡Qué hermosura! Es un fragmento del paraíso...

TELÓN

FIN DEL CUADRO QUINTO



La sultana Aixa, va fija a la decoracion.

Recortese este espacio

SULTANA AIXA



DALAL esclava

Recortese este espacio



Recortese este espacio para poner detras el telón A



CONCURSOS DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

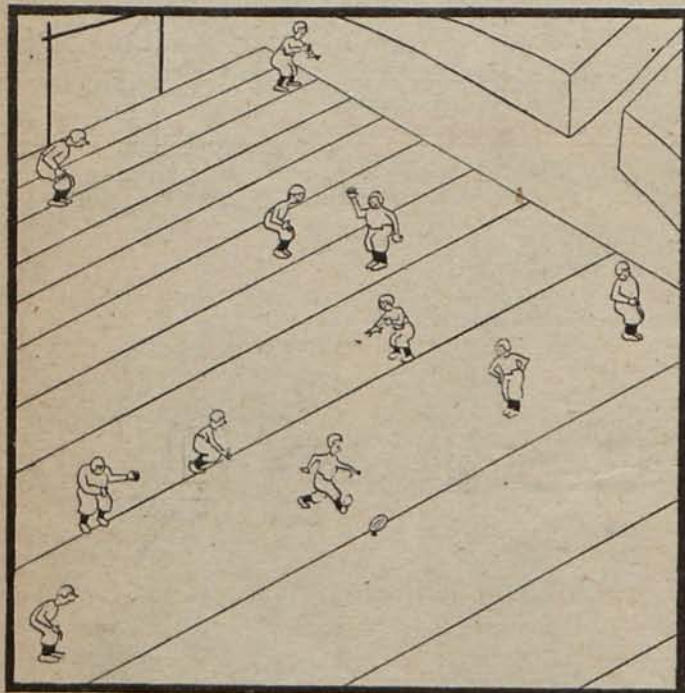
EL ASNO DISFRAZADO DE LEÓN



Yo creo que conocéis aquella fábula en la que un asno se disfrazó de león, y os acordaréis de que, estando en la selva, quiso rugir y le salió un rebuzno de tal magnitud, que todos los animales echaron a correr despavoridos. Tan solo el astuto zorro notó la trampa y se echó a reír en sus narices.

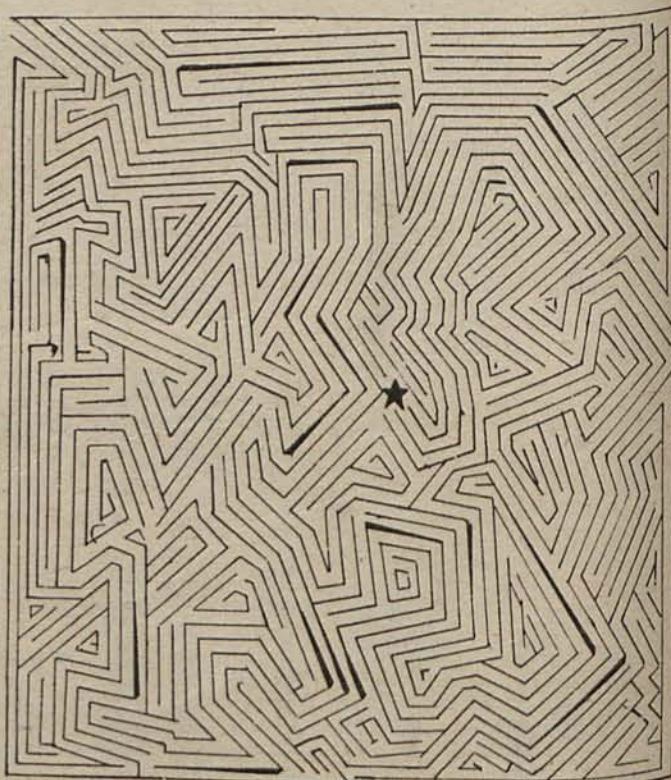
Un hombre que pasaba por un camino próximo al lugar de la escena, montado en su caballo y acompañado de una cabrita, al ver que un león rebuznaba, se escondió con sus dos animales entre el paisaje, y ahí siguen. ¿Dónde están?

PROBLEMA FUTBOLÍSTICO



El otro día vino a la redacción, todo sudoroso y con la lengua fuera, Pao Morronguis. Al verlo de aquella manera, Pirula, que es más buena que el pan, cerró las ventanas y la puerta para que Morronguis no cogiera una pulmonía, le secó el sudor y le dijo: «Bueno, Paquito, ¿qué te pasa?» «Que hoy no se trabaja; tengo tres entradas y tú, Pinocho y yo nos vamos a ver jugar al fútbol». Escuso decirlos la alegría de todos al oír esto (bueno, de todos menos de Chapete, que se quedó en casa). En el momento de entrar en el campo, en un ángulo, nos encontramos con once jugadores colocados como en el dibujo, y se me ocurrió el siguiente problema: ¿Cómo separar a estos jugadores, unos de otros, con sólo trazar cuatro rayas, de forma que cada uno esté en un departamento?

LABERINTO

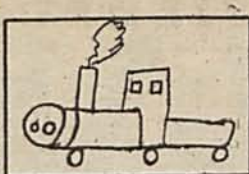


Muchos laberintos os tengo dados, queridos amigos; pero como éste no creo haya sido ninguno. Fijáos si es difícil, que Chapete tiene la cabeza tan gorda porque hace años está intentando llegar a la plazoleta marcada con una estrella y aún no lo ha conseguido.

COLABORACION PINOCHISTA



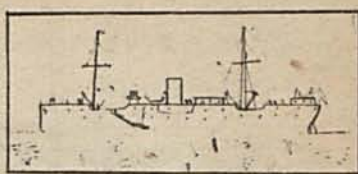
Dibujos de cuentos.
FRANCISCO CABRERO.
Doce años. Santander.



Una máquina.
MAKIO.
Cuatro años. La Magdalena.



Caza mayor.
LUIS SAENZ.
Trece años. León.



Un barco.
J. MANUEL MIJARES
Diez años.



Dos amigos.
JOSÉ MARÍA.
Nueve años.



Colombina.
CARMEN GARCÍA
ALONSO.
Molledo.



Casa y tienda.
M. PONS ESCAMI-
LLA.—Nueve años. Má-
laga.



Un barco.
JOSÉ CERÓN.
Trece años.



Un gato.
LUIS GÓMEZ.
Diez años. Lare-
do.



Mi retrato.
LOLA CASTAÑOS.
Diez y seis años.
Madrid.



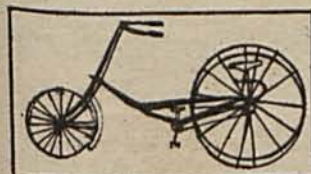
Chapete.
M. BAILÓN.
Diez años. Meli-
lla.



Mi amiguita Rosita.
ANDRÉS GARCÍA.
Nueve años. Cuba.



Piera.
ANTONIO GAR-
CÍA.—12 años.
Barcelona.



Mi bicicleta.
HIPÓLITO DÍAZ.
Once años. Cáceres.



«Auto» de carreras.
MIGUEL PI.
Diez años. Barcelona.



Dormitorio de Pirula.
CARMEN RAMOS GUERDÓS.
Ocho años. Málaga.



Lecturas.
AMPARO DE CÁCE-
RES.—Catorce años.
Alicante.



Doña Pretensio-
nes.
LUIS VEGA.—Diez
años. Oviedo.

La princesa marfilina.

Erased una vez una princesa..., llamábanla marfilina, porque sus manos diríanse de marfil, lo mismo que su cutis, a no ser por los graciosos monumentos de que estaban dotados; hija de la reina Yolanda y del rey Clotario, era poseedora de muy extensos dominios en los que era querida y respetada a la vez. No era orgullosa la princesa, y, sin embargo, tenía caprichos que casi siempre indicaban altanería.

Iba un día por un lindero de un bosque montada en un hermoso caballo y seguida de muchos caballeros de su corte; en el camino encontré con una viejecita harapienta que se apoyaba en su bastón; uno de los caballos de la comitiva se espantó, bien por miedo o por extrañeza; inmediatamente la princesita ordenó que retirasen de allí aquella anciana y la echasen del bosque; pero en aquel momento se adelantó un caballero de la comitiva y dijo:

—Princesa, sabed que eso está mal, muy mal, y yo impediré su ejecución.

La princesa, avergonzada, no se atrevió a contestar. Al llegar a su palacio, recordando su acción, conoció que había hecho mal.

El caballero, por su parte, daba buenos consejos a la princesa cuando la veía.

Por fin, enterado el rey de la acción del caballero, le dijo que le gustaría fuese su hijo... El caballero, que era el duque de un cercano pueblo, accedió gustoso a casarse con la princesa, que también estaba contentísima; siendo pocos meses después la boda que se celebró con gran pompa.

Y la princesa marfilina y el duque vivieron felices y contentos muchos años.

Tin-tin-tin-tin.
Este cuento llegó a su fin.

VÍCTOR FERNÁNDEZ.

Once años.—Palacio de La Magdalena (Soto del Barco).

Antoñita.

En un pueblo, cuyo nombre no recuerdo, vivía en una pobre cabana una niña huérfana. Tenía siete años y vivía en compañía de su fiel perro, llamado *Bill*, que le quería mucho.

Un día que hacía un frío horrible y que no tenía un pedacito de pan en casa salió con *Bill* a tender la mano para poder comer, aunque sea un pedacito de pan negro.

El único pedacito que le dieron lo compartió con su perro.

Vió la escena un respetable señor de blanca barba y, acercándose a la joven, le preguntó conmovido:

—¿Cómo te llamas?

—Antoñita.

—¿Con quién vives?

—Sola, con *Bill*, mi perro.

—¿Tienes hambre?

—Mucha, señor.

El caballero la cogió por la mano y le dió de comer en un restaurant sin admitir a *Bill*.

Cuando hubo terminado el desconocido, al ver la sencillez de la niña y lo modosa la propuso adoptarla, y aceptó mientras fuese acompañada de su fiel amigo *Bill*.

Hoy la niña es una señorita hija adoptiva de los señores de Canete y se va a casar con el ingeniero Jaime Fernández.

JOSÉ MARÍA AGUIRRE y OLABARRI.

Trece años.—Campo Volantin, 27 (Bilbao).



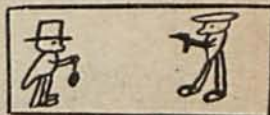
Pinocho y Chapete.
ALFONSO MARTÍNEZ.
Nueve años. Buenos Aires.



Una negrita.
ROGELIO PÉREZ.
Seis años. Habana.



Un pollo bien.
ANTONIO M. VEGA
DE SEOANE.
Once años. San
Sebastián.



La bolsa o la vida.
M. ARABY.
Ocho años.



Lolita en la playa.
LEOPOLDO URRUTIA.



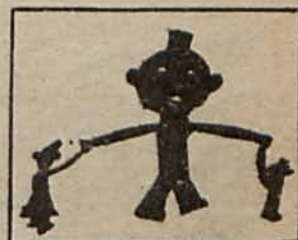
Pinocho.
MARIANO URDAIN.
Nueve años. Madrid.



Un kiosko.
MARTÍN ECHEVARRI.
Doce años. México.

IMPORTANTE

Por las razones ya explicadas, no admitimos ahora originales de COLABORACIÓN PINOCHISTA aunque vengan con cupón. Cuando el cupón vuelva a publicarse admitiremos otra vez originales para esta sección.



Carrinche.
MERCEDES REY
Trece años. Coruña.

Regalos mensuales a los suscritores.

PINOCHISTAS PREMIADOS EN EL SORTEO MENSUAL DE REGALOS A LOS SUSCRITORES

Premios.	Marzo.	Abril.	Mayo:
Primero. 25 ptas. en dinero.	Srta. Nieves Montoya. Vitoria....	Srta. Maria del Pilar Gallo. Santander.....	D. Francisco Murillo. Barcelona.
Segundo. 15 ptas. en libros.	D. Manuel Trujillano. Aranda (Bilbao).....	> Amelia Rufino. Gandia.....	Srta. Mercedes Rey. Habana (Cuba).
Tercero. 10 ptas. en libros..	> Celso Barrutia. Cazorla.....	D. Carlos Marcos. Cangas de Tineo.	> Rosa Oñate Prendergast. Sarriá.
Cuarto. 5 ptas. en libros...	> Manuel Saavedra. Badajoz.....	Srta. Amelia Aranda Sins. Zaragoza.....	D. Recaredo y Maria Garay. Madrid.
Quinto. 3 ptas. en libros...	Srta. Jarita Alonso. Pimentel (Valladolid).....	D. Mauro Alonso. Vigo.....	> Francisco Gil de Sola. Barcelona.

SUSCRICIONES A PINOCHO "CERTIFICADAS"

A partir del 1.º de abril de 1926 admitimos suscripciones por un año a PINOCHO, certificadas; es decir, que remitiremos cada número semanal certificado, con lo que desaparece la probabilidad de que se pierdan números, que era para muchos lectores el máximo inconveniente de la suscripción.

El precio de suscripción por año certificada es:

23 PESETAS

Los actuales suscritores que deseen recibir desde ahora certificada la revista, deben abonar un nuevo año de suscripción al precio indicado, y mediante ese abono les serviremos no sólo toda la suscripción nueva, certificada, sino certificados también, y sin pagar nada por ello, los números restantes de la suscripción anterior.

Los que hayan renovado su suscripción por un año después del 1.º de enero de 1926, podrán recibir su suscripción certificada, sin necesidad de abonar otro año de suscripción, sólo con abonar dos pesetas cincuenta céntimos para dicho fin.

Regalos permanentes a los suscritores.

Todo Pinochista que se suscriba tiene derecho a pedir, al hacer su suscripción (tiene que ser en ese momento), los regalos siguientes:

Si la suscripción es por un año

- 1.º Dos tomos gratis de la magnífica serie PINOCHO CONTRA CHAPETE.
- 2.º Un lote de cincuenta números para el sorteo de cinco mil pesetas.
- 3.º Un Cupón-regalo. Reuniendo tres o más de estos cupones especiales se pueden obtener preciosos regalos.
- 4.º Tres vales, valederos por un año, para hacer tres pedidos de libros a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., sin limitación de clase y de cantidad y con una rebaja del 30 por 100.

El suscriptor que no pida sus regalos al pagar la suscripción, pierde su derecho. Por tanto, no se admiten luego reclamaciones.

Si la suscripción es por un semestre

- 1.º Un tomo, gratis, de la serie PINOCHO CONTRA CHAPETE.
- 2.º Tres vales, valederos por seis meses, para hacer tres pedidos de libros a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., sin limitación de cantidad y con una rebaja del 25 por 100. Estos regalos pueden recogerse, completamente gratis, en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid. Quien desee recibirlos en su casa debe enviar 1,50 pesetas para gastos de embalaje, envío y franqueo certificado. Además, todos los suscritores, tanto de año como de semestre, tienen otras muchas ventajas constantes, tales como facilidades para la colaboración infantil, números para los sorteos de regalos y otros interesantes privilegios.

CORRESPONDENCIA

A mis queridos concursantes.—Mis queridos amigos: Estoy recibiendo muchos sobres llenos de acertadísimas soluciones. Veo que gustan los problemas que hacen Pirula y Morronguis. Me alegro. Pero... recibo, a la vez, sobres con una sola solución, la de un número, y ello me apena mucho. No es así, queridos concursantes, como hay que hacer los trabajos. Hay que esperar a fin de mes y hay que remitir, con el cupón que se da entonces en PINOCHO, al concluir la serie, las soluciones de los problemas correspondientes a ese mes. De otra forma no es posible obtener premio.

Un abrazo de cada uno de mis amigos. Otro, muy apretado, mío.
Pilar Galán.—He recibido tus bellísimos trabajos juntamente con los de tus hermanos. Ni que decir tiene que publicaré vuestras obras. No era preciso, la verdad, que compraras un territo de tinta china. No exijo tanto. Me basta con que me remitan los dibujos con tinta negra. Pero así, como lo has hecho, está mejor.

Dosíteo F. Díaz.—Tu novela es una verdadera novela, movida, interesante, magnífica. Pero no puedo publicarla. Es larguísima. Tremendamente larga. Mándame otra cosa más corta, siempre con su cupón, y te la publicaré.

Recuerdos de Morronguis, Potipán, Cañamón, Currinche, Don Turulato, etcétera, etc.

Alejandro Más.—Querido Alejandro: Tu dibujo está bien. Sólo tiene un ligerísimo defecto: que viene a lápiz. Procura no olvidar nunca más la tinta. Así, aunque me lo propusiera, no puedo publicar nada.

Pedro Bellido.—Admitido.

Santiago García Mendoza.—Mándame cuantas cosas quieras para la página de deportes, crónicas, lo que quieras.

Antonio Laza Quintana.—Muy bien. Queda formando cola.

Baldomero Sanjuán Pérez.—No puedo admitir tu problema porque éstos los hacemos ahora Pirula, Morronguis y yo.

Antonio Gómez.—¡Tinta negra!

Santiago Sesplugues García.—Puedes remitirme crónicas deportivas. Las publicaré. Lo que tú hagas, siempre estará bien hecho.

Antonio Mesa.—¡Y el cupón! ¡Qué memoria! Espera a que volvamos a publicar en PINOCHO, como he prometido, el acostumbrado cupón de colaboración.

Juan Fernández Gómez.—Querido Juan: No puedo complacerte en esta ocasión. No puedo. Tus dibujos vienen a lápiz y —por si esto fuera poco— sin cupones. Para colaborar en PINOCHO se necesita, primeramente, enviar los dibujos con tinta negra, y siempre, siempre —no lo olvides, Juan—, con el cupón de colaboración.

Recuerdos de Anita, Pirula, Morronguis, Potipán, Cañamón, Currinche, Don Turulato, etc., etc.

Anita Garrido Olmedo.—Aunque encuentro muy bien, casi perfectas, las soluciones que me remites, no puedo aventurar ahora, no puedo comunicarte si aquellas soluciones tendrán o no premio. Es muy probable; dada su perfección. Pero yo no debo decir nada.

Modesto Castillo.—Imposible. No viene cupón...

Antonio Martínez Pérez.—Esto es dibujar. Esto ser una gran artista. Estos son dibujos. Pocas Pirulinas, la verdad, mandan trabajos de semejante categoría. Los publicaré conforme les llegue su turno.

Abrazos y felicitaciones efusivas de Pirula, Anita, etc., etc. Un cordial saludo, también efusivísimo, de tu mejor amigo de madera.

Fernando G. Gujjarro.—Recibí tu saladisima carta, juntamente con tus trabajos, los cuales me gustaron muchísimo. ¿Que si los publico? ¡Claro que sí, querido Fernando! Y con gran alegría por parte mía y de todos mis compañeros. ¡Adiós, Fernando!

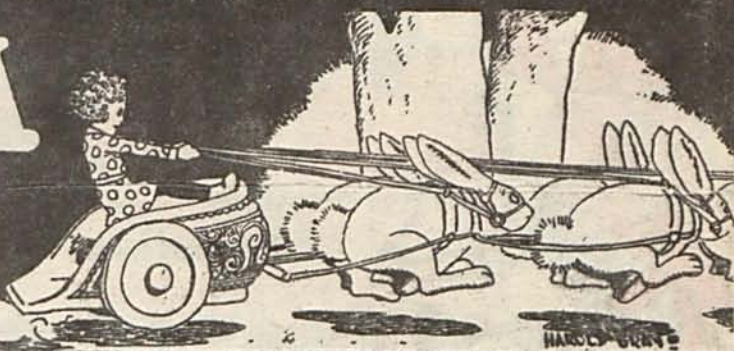
Daniel Pérez y Angel Solana.—Para mandar trabajos a PINOCHO basta recortar el cupón de concurso. Ciertamente que ahora, para salir de tanta colaboración como tengo acumulada, no inserto cupón en esta página; pero apenas salga nuevamente podré remitirte con cada cupón un cuento, un chiste, un dibujo o una historieta. ¿Enterados? Son estupendos vuestros trabajos y los publicaré.

Angelita Salas Bellido.—¡Viva Sevilla, Angelita! ¡Y vivan estos magníficos, chistosos y saladísimos chistes que me has remitido! Una verdadera maravilla, como tú, como Sevilla, como la Torre del Oro, como el Guadalquivir, como la Giralda.

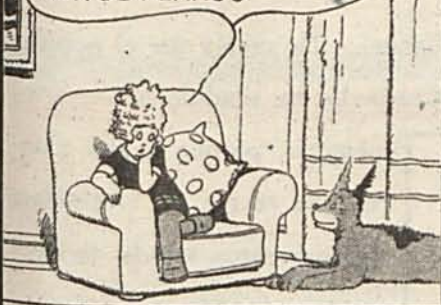
Juan Sagasta.—¡Tinta negra!

□ □

ANITA BUEN- CORAZON



ESO DE QUE MIS AMIGUITAS
TENGAN UN DIA DE CUMPLEAÑOS
Y YO NO, ME PONE DE UN HU-
MOR DE PERROS.



PORQUE NO ME NEGARÁS QUE ES,
DESESPERANTE NO SABER QUE
DIA NACI. ¿TÚ NO LO SABES TAM-
POCO, PELUCHO?



SI YO LO SUPIERA TEN POR SE-
GURO QUE ESE DIA NOS COMIA-
MOS ENTRE TÚ Y YO UNA TAR-
TA COMO ESA. ¡VAYA BANQUE-
TE!



TAMBIEN ES DESGRACIA TENER
UN PERRO TAN IDIOTA COMO TÚ
QUE NO SABE CUANDO ES EL
CUMPLEAÑOS DE SU AMITA.



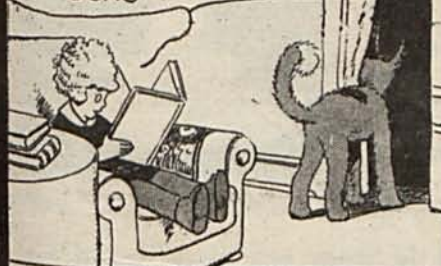
¿VES TÚ? TODOS ESOS REGALOS
ME LOS MANDARIAN MIS AMIGAS
CON UNA POSTAL QUE DIRIA: "A
ANITA EN SU CUMPLEAÑOS."



MIRA, PELUCHO, VA-
MOS A METERNOS EN
CASITA PORQUE ESOS
ESCAPARATES ME
PONEN TRISTE.



Y NO TENGO NECESIDAD DE LLE-
VARME TAN MALOS RATOS PUDIEN-
DO PASAR LA VIDA TAN A GUSTO
LEYENDO LAS "AVENTURAS DE
PINOCHO"



PERO AHORA QUE CAIGO. SI YO
SOY UNA NIÑA SIN CUMPLEAÑOS
PUES NO ME HARÉ VIEJA NUN-
CA.



Y EN ESTOS MALDITOS ALMANA-
QUES NO SE VE NI UNA FECHA
QUE DIGA "HOY CUMPLE LOS
AÑOS ANITA BUEN CORAZON"



BUENO, NO LLORES, MI AMITA, QUE
YO ARREGLARÉ TODO ESTO. YO CO-
MOZCO A UN PERRO A DIVINO QUE
LO SABE TODO. VOY A VERLO AHO-
RA MISMO.



¿SABES LO QUE ME HA DICHO? PUES
QUE HOY CUMPLES SIETE AÑOS Y TEN-
DRAS YA QUE PAGAR BILLETE ENTERO
EN EL TREN, EN EL TRANVIA Y
EN LAS BARRACAS DE FERIA.



¡CANASTOS! ESE PERRO ES UN EMBU-
TERO, PORQUE ME ACUERDO PERFEC-
TAMENTE QUE HACE SIETE AÑOS YO
NO HABIA NACIDO TODAVIA, ASI QUE
YO NO DEBO PAGAR MÁS QUE ME-
DIO BILLETE. ¿LO SABES?





Sección PIRULA

PIRULA

REPOSTERA

□ □ □

Galletas «Anita»,

al anís.—Doy a estas

galletas el nombre de «Anita», porque estas galletas son tan incapaces, como la propia «Anita, buen corazón», de hacerle daño a nadie.

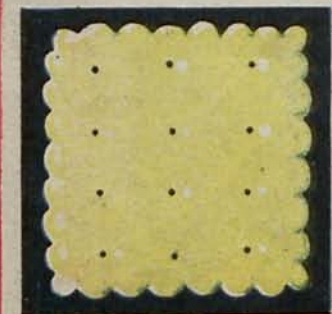
En una palabra: son unas galletas tan sanas y de tan fácil digestión, que casi, casi, me atrevería a afirmar que no perjudican al estómago, aunque se coman muchas, muchas; esto es una ventaja para todo el mundo; para los niños, lo es más aún, y para los niños golosos, como sois todos vosotros, ¡no digamos!

La receta de mis «galletas Anita» es como sigue:

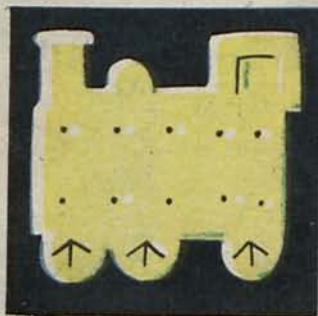
Se cogen unos huevos —los que se quiera— y se pesan; se coge luego el mismo peso de azúcar que de huevos; se trabajan las yemas con el azúcar y, aparte,



se baten las claras a punto de nieve; entonces, se mezcla todo y se le echa un puñadito de granos de anís; por último, se añade harina, lo suficiente para que la masa tenga consistencia y pueda extenderse, muy plana, sobre una tabla; se recorta entonces esta capa fina de masa con unos moldes especiales, prefiriéndose los que tienen forma de bichos, por ser más gra-



ciosos para los niños. Recortadas las galletas, se colocan sobre placas de metal, espolvoreadas de harina, y se meten en el horno, algo fuerte, unos quince



minutos más o menos, hasta que se doren ligeramente. ¡Ah! y después... se comen.

minutos más o menos, hasta que se doren ligeramente. ¡Ah! y después... se comen.

Caramelos «Currinche».—No creáis que el popula-

rísimo nombre de Currinche ha acudido ahora a mi



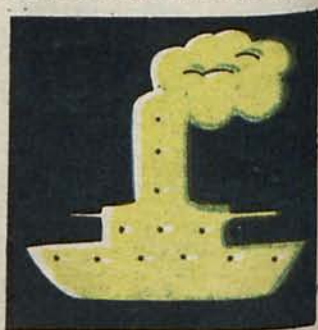
memoria, porque sí, al ir a daros una receta de caramelos; sino que estos, siendo de chocolate, ofrecen un parecido notable —por lo menos el del color— con la requetesalada cara del «botones» de Don Turulato.

Terminada para vosotros

esta pequeña digresión, dadle el periódico a vuestra mamá, para que tome nota de la fórmula que sigue:

Se echan en una cazuela, un vaso de leche, un vaso de azúcar molida, un vaso de chocolate rallado, un pedazo de mantequilla del tamaño de una nuez, y una cucharada de miel.

Se pone todo esto sobre la lumbre y se deja que cueza



unos veinticinco a treinta minutos. Luego se unta de aceite una placa de mármol, se echa encima el contenido de la cazuela, y se deja enfriar. Cuando la pasta está casi fría se corta en cuadraditos.

Y ya tenéis los magníficos caramelos «Currinche».

